

IV Congreso Internacional de Investigación y Práctica Profesional en Psicología
XIX Jornadas de Investigación VIII Encuentro de Investigadores en Psicología
del MERCOSUR. Facultad de Psicología - Universidad de Buenos Aires, Buenos
Aires, 2012.

De la tékhne a la tique. Observaciones sobre algunas referencias aristotélicas en el Seminario XI de J. Lacan.

Alomo, Martín, Prieto, Luis, Farías, Florencia Elisa, Lopez, Gonzalo Javier, Toro, María Cristina y Lombardi, Gabriel.

Cita:

Alomo, Martín, Prieto, Luis, Farías, Florencia Elisa, Lopez, Gonzalo Javier, Toro, María Cristina y Lombardi, Gabriel (2012). *De la tékhne a la tique. Observaciones sobre algunas referencias aristotélicas en el Seminario XI de J. Lacan. IV Congreso Internacional de Investigación y Práctica Profesional en Psicología XIX Jornadas de Investigación VIII Encuentro de Investigadores en Psicología del MERCOSUR. Facultad de Psicología - Universidad de Buenos Aires, Buenos Aires.*

Dirección estable: <https://www.aacademica.org/000-072/715>

ARK: <https://n2t.net/ark:/13683/emcu/D0A>

Acta Académica es un proyecto académico sin fines de lucro enmarcado en la iniciativa de acceso abierto. Acta Académica fue creado para facilitar a investigadores de todo el mundo el compartir su producción académica. Para crear un perfil gratuitamente o acceder a otros trabajos visite: <https://www.aacademica.org>.

DE LA TÉKHNE A LA TIQUE. OBSERVACIONES SOBRE ALGUNAS REFERENCIAS ARISTOTÉLICAS EN EL SEMINARIO XI DE J. LACAN

Alomo, Martín; Prieto, Luis; Farías, Florencia Elisa; Lopez, Gonzalo Javier; Toro, María Cristina;
Lombardi, Gabriel
UBACyT, Universidad de Buenos Aires

Resumen

En este artículo localizamos algunas referencias fundamentales en el corpus aristotélico, con el propósito de revisar la noción de causa, en los términos en que Lacan la reintroduce en el psicoanálisis en 1964. Este trabajo examina la hipótesis de que la posición del analista promueve la revisión de la complicidad del ser hablante con la causa fortuita (*per accidens*). Al respecto, observamos que en el cumplimiento de la regla fundamental se pone en juego una imbricación novedosa, específica de la experiencia analítica, entre técnica y azar.

Palabras Clave

Tique, Accidente, Técnica, Azar

Abstract

FROM THE TÉKHNE TO THE TIQUE. OBSERVATIONS FROM SOME REFERENCES OF ARISTOTLE IN SEMINAR XI OF J. LACAN

The aim of this paper is to locate some references in Aristotle, in order to check the notion of "cause" as Lacan reintroduces in psychoanalysis in 1964. This work examines the hypothesis that the psychoanalyst's position promotes the revision of the complicity of *parlêtre* with the cause by accident (*per accidens*). We observe that the fulfillment of fundamental rule introduces a particular relationship between technique and luck.

Key Words

Tique, Accident, Technique, Luck

1. Las causas

¿Por qué ocurren las cosas? ¿Cuáles son sus principios? Estas preguntas son anteriores aún, en Aristóteles, a la pregunta por la causa. De algún modo, podemos decir que la pregunta por la causa se inscribe en el problema más general de los principios. Ellos -dice el filósofo- son más de uno, pero no más de tres: materia, forma y privación^[i]. Se trata de distintos principios que originan las cosas. Una primera distinción es entre *poiesis* y *genesis*, aunque lo principal de ambos conceptos es el acontecimiento de algo que adviene desde el no-ser al ser; y es justamente en la *physis* donde se da de manera evidente este acontecer. En nuestra investigación, no nos adentraremos en una elucidación respecto de los alcances posibles

de los principios aristotélicos. Simplemente, a modo de avance, nos interesa dejar señalado el marco en el que se inscribe el problema de las causas. En este marco, *physis* y *tékhnē* como principios originarios, ya sea por vía de la generación o de la creación, dan la clave más general de la localización del problema.

Las cosas se originan, entonces, por *physis* o por *tékhnē*. Además, como principio de cambios en ellas, encontramos las *aitía* o causas próximas (en el sentido de inmediatamente anteriores), que son aquellos principios de cambio que comandan y explican -dos acepciones para el uso del término *aitía* presentes en la *Física*^[ii]- las transformaciones. Podríamos decir que todo ente emerge de un principio y, según sea éste intrínseco o extrínseco, tal emergencia será una generación natural de cosas o una creación artificial de ellas. Estos modos de proveniencia determinan dos tipos contrapuestos y excluyentes de entes, pues la *tékhnē* sólo produce artefactos, cosas que una vez producidas carecen de actividad natural. Y de estos dos, dado que los artefactos producidos por el hombre se nutren de los entes naturales pre-existentes, podemos decir que para Aristóteles lo único verdaderamente "entificante" es la *physis*^[iii]. En su teoría de las causas, Aristóteles presenta en el inicio del capítulo tres del libro segundo de la *Física*, la conocida clasificación de las cuatro modalidades de la *physis* como *aition*: causa material, formal, eficiente y final.

En cuanto a la definición de *physis* como principio intrínseco, se trata del clásico planteo aristotélico de la capacidad para moverse a sí mismo o bien, de lo contrario, la dependencia de ser movido desde fuera. En la *Metafísica* se refiere también a este problema:

"Se llama potencia el principio del movimiento o del cambio que está en otro, o en el mismo en cuanto otro; por ejemplo, el arte de edificar es una potencia que no está en lo que se edifica; pero el arte de curar, que es una potencia, puede estar en el que es curado, pero no en cuanto que es curado. Así, pues, la que es absolutamente principio del cambio o del movimiento se llama potencia en otro, o en el mismo en cuanto otro; pero hay también una potencia para ser cambiado o movido por otro, o por el mismo en cuanto otro"^[iv].

Para Aristóteles, el movimiento es un cambio de la potencia al acto, un cambio que emerge de la *dinamis* de una sustancia compuesta de materia y forma, lo cual supone siempre una dualidad: lo que mueve y lo que es movido. En efecto, es un teorema fundamental de la física aristotélica que "todo lo que está en movimiento es movido por algo", donde "por algo" significa "por otro" o "por sí mismo

en tanto que otro”^[vi]. Este mismo argumento es el que llevado a sus últimas consecuencias, le permite a Aristóteles plantear su tesis del primer motor inmóvil^[vi]. Así, “principio” como *dinamis kata kinesis*, como capacidad o potencia motriz, puede ser tanto una potencia activa como una potencia pasiva, y como tal sólo puede ser efectiva si algo actual la hace estar siendo actual, bien sea otra cosa, o bien, caso de que se mueva por sí mismo, si lo hace en tanto que otro. El carácter intrínseco del principio le pertenece a la *phisis* esencialmente (*per se*), no circunstancialmente (*per accidens*).

El problema del *simbebekós*, del accidente, aparece en Aristóteles en la articulación de lo natural y la posibilidad de ello de recibir los atributos relativos a la forma. Copiamos a continuación un típico ejemplo aristotélico, al que el filósofo recurre en múltiples ocasiones:

“Además, un hombre nace de un hombre, pero una cama no nace de una cama; por eso se dice que la naturaleza de una cama no es la configuración, sino la madera, porque si germinase no brotaría una cama, sino madera. Pero aunque la madera sea su naturaleza, también la forma es naturaleza, porque el hombre nace del hombre”^[vii].

De este modo queda ejemplificado lo siguiente: “La forma es más naturaleza que la materia, porque decimos que una cosa es lo que es cuando existe actualmente más que cuando existe en potencia”^[viii]. El problema es complejo, y nos permite realizar la siguiente pregunta: ¿qué es más natural entonces, la materia o la forma? Y podemos también ensayar la siguiente respuesta: dado que sólo lo que existe actualmente es materia afectada por la forma, la forma entonces es lo que nos permite concluir la existencia de lo natural, por lo tanto, ella es más natural que la materia. Sin embargo, es necesario modular esta respuesta con lo planteado en el libro V de la misma obra que analizamos, la *Física*, a propósito del concepto de *entelequia* como movimiento, como tendencia hacia la perfección. Esta *tendencia hacia* incluye la consumación eidética, es decir la realización de la imagen, articulada a la noción de *telos*, de finalidad^[ix]. Esta propuesta aristotélica permite ubicar el acto en el inicio: lo actual como anterior a lo potencial, *enérgeia* antes que *dinamis*. Primero, la forma (del hombre, de la cama), luego, la materia afectada por la forma; la *phisis* sería entonces, antes que nada, forma^[x].

En cuanto a lo accidental, que eso tratamos de despejar, el ejemplo citado ubica en lo actual, en la forma “cama”, existente en el alma de quien la construyó (en la *causa eficiente*, diremos luego), no sólo lo más importante en cuanto al modo de ser de la *phisis*, sino también el *telos*, su finalidad como realidad consumada. La madera, natural, puede participar del objeto cama, artefacto, y es tan accidental decir de esa cama que es de madera, como lo es de un hombre decir que es médico. Esa cama bien podría ser de otra materia, sin embargo, accidentalmente es de madera; del mismo modo que el hombre que es médico podría tener cualquier otra profesión. Nótese que esto tal vez vaya en contra del sentido común, que podría venir a decirnos que esa madera, natural, es cama sólo artificialmente, ya que podría ser cualquier otra cosa. Sin embargo, el accidente queda ubicado del lado de la madera (materia) y no de la cama (forma)^[xi].

Para proseguir, es conveniente tener en cuenta que hay algo que en la lectura de la *Física* queda especialmente transparentado: los modos del decir, lo que los predicados dicen y las formas en que pueden ser interpretados, los múltiples sentidos, son escuchados

por Aristóteles como diversos aspectos de las cosas, y considerados como tales. Cada una de las cuatro causas distinguidas primeramente - *material, formal, eficiente y final* - representan distintos modos en que la causa es dicha. Y tanto es así que una misma cosa puede corresponder a distinto tipo de causa según cómo se la interprete, o según lo que se predique de ella. Así, en un ejemplo de reciprocidad, el ejercicio físico es causa del buen estado del cuerpo y éste, del ejercicio físico, aunque no del mismo modo: el buen estado del cuerpo es causa final del ejercicio, mientras que el ejercicio es otro tipo de causa, relativa al movimiento^[xii], con respecto al buen estado físico.

2. Tique y autómaton

Además, según explica Aristóteles, hay causas de contrarios. Este punto es importante, ya que como veremos, articulado a la noción de *stéresis*, privación -aquel tercer principio, junto a *phisis* y *tékhnē*- nos permitirá obtener una importante clave de lectura para la introducción de la *tique* y lo *autómaton*. Uno de los ejemplos que da al respecto es el del timonel de un navío: su presencia puede significar la estabilidad en la navegación, y su ausencia puede ser causa de un naufragio^[xiii].

A propósito de *tique* y *autómaton*, en la *Metafísica* leemos:

“Las cosas llegan a ser o por *tékhnē*, o por *phisis*, o por *tique*, o por *autómaton*. La *tékhnē* es un principio que está en otro, la *phisis* un principio que está en la cosa misma (pues un hombre engendra a un hombre), y las demás causas son privaciones de éstas”^[xiv].

Lo *autómaton* es una privación de la *phisis* y la *tique* una privación de la *tékhnē*. Común a *tique* y *autómaton* es para Aristóteles el hecho de ser excepciones, como también el ser efectos *per accidens* de series causales distintas. Como decíamos antes, el problema de la causa se inscribe en el problema lógicamente anterior de los principios. La privación de los principios de cambio por naturaleza o por creación, *phisis* o *tékhnē*, introducen entonces la cuestión de las causas por accidente. Y dentro de esta categoría, observamos dos: *tique* (o fortuna) y *autómaton* (o casualidad). Vemos también que estas causas por accidente se inscriben entonces como principios *in absentia* por privación, *stéresis*, de los otros dos principios.

A continuación, corresponde situar el modo en que Aristóteles diferencia *tique* de *autómaton*. Si bien en ambos casos se trata de causas *per accidens*, es necesario establecer una distinción entre ellas. En relación a *causa por accidente*, él da un ejemplo canónico, que retoma en varios lugares de su obra. Se trata del acreedor que va a la plaza cuando su deudor se encuentra allí recibiendo un dinero, y aunque aquel no haya ido con el propósito de cobrar lo que se le adeuda, por accidente puede recuperar su dinero al llegar a ese lugar. Lo que queda especialmente señalado por Aristóteles, al indicar “por accidente”, que escribe *to apó tiques*, como por fortuna, es lo innecesario de aquel evento. Fortuitamente, entonces, el acreedor se hace con su dinero, sin haberlo previsto^[xv]. Y este dato es importante, ya que si hubiera previsto que aquello ocurriría, entonces no se trataría de una causa accidental^[xvi].

En este ejemplo, podemos localizar las dos series causales, y la producción del encuentro inesperado, azaroso. Alguien, digamos el personaje A, va a la plaza con una intención diversa que la de cobrar, supongamos que va a caminar; B se encuentra allí, aunque no con la intención de pagarle a A lo que le debe, supongamos que está allí

departiendo con amigos. Sin embargo, el haber ido a caminar, para A, y el haber ido a reunirse con amigos, para B, esas dos series causales intencionales devienen ahora series causales accidentales del hecho de que B le pague a A su dinero: he aquí el encuentro fortuito, *tíquico*, explicado por el encuentro -podríamos decir el cruce- de dos series causales intencionales, previstas, que a la postre se revelan distintas de lo que proponían intencionalmente.

Pero además, este tipo de causa accidental, por fortuna, se distingue de lo de lo automático, porque responde a eventos accidentales que se dan inesperadamente; y no sólo eso, sino que además son objeto de elección. En este punto es asombrosa la sutileza aristotélica respecto de la naturaleza formal de la *physis*, punto que ya hemos señalado más arriba al priorizar la forma sobre la materia^[xvii]. Probablemente sea incomprensible la argumentación si no se lee el ejemplo teniendo en cuenta los siguientes matices: un hombre se dirige a un lugar, ¿en calidad de qué?, ¿de turista, de comprador, de mero caminante?, no lo sabemos. Sí sabemos que no lo hace en calidad de acreedor, ya que si lo hiciera no sería fortuito el encuentro con su deudor. Entonces, una vez en la plaza, cuando este hombre se encuentra con otro que a la sazón es su deudor, adviene sorpresivamente allí el encuentro del acreedor con la acción específica que puede saciarlo como tal: cobrar su deuda.

Más allá de las posibles lecturas del ejemplo sobre lo fortuito, queda claro que esta causa accidental devenida tal retroactivamente, es objeto de elección, es decir de preferencia. La forma acreedor / deudor de un lazo social, sobrevinida sorpresivamente de modo afortunado al menos para uno de los hombres que participaron del encuentro, no es de ningún modo necesaria. No sólo no es necesario que se hayan encontrado esos dos hombres y no otros, en ese lugar y no en otro, a esa hora y no en otra^[xviii], sino que tampoco es necesario en modo alguno que en ese encuentro, además, ellos elijan reconocerse como acreedor y deudor y obren en consecuencia: esto es objeto de elección^[xix].

3. La *tique* analítica

Paradójicamente, no es por ausencia de la técnica del analista que ocurre el encuentro *tíquico* en análisis, sino a raíz de la misma. Es la regla fundamental la que lo promueve, y la presencia del analista la que le hace lugar. Un fallido sin analista no es mucho más que un chiste de café; y, por otra parte, sólo su presencia puede darle “reconocimiento” a tal accidente. Sin embargo, la particularidad de la técnica del analista excluye de plano toda *tékhne* entendida como manufactura del hombre considerado como agente externo del objeto que produce. La técnica del analista consiste, en cambio, en propiciar las condiciones para que el ser hablante encuentre, como por azar, a través de los puntos de inconsistencia del discurso, la incidencia del encuentro con la falta del Otro. Esta incidencia atenúa la hegemonía de aquellos significantes amos que habían comandado la vida del ser hablante, inadvertidamente, propiciando ahora la reconsideración de los mismos, desde un lugar novedoso.

La *tique* guarda una particular relación con la causa final: se sirve de ella para equivocarla. La *tique* altera el programa, equivoca la secuencia, des-programa la intención. Las manifestaciones *tíquicas* en la clínica ponen de manifiesto lo que no estaba en el programa del Otro, y todavía algo más interesante: que el analizante puede ser cómplice de la novedad. La *tékhne* del analista se orienta hacia la promoción de ese accidente en el decir. En *La dirección de la cura y los principios de su poder*, Lacan escribe:

“Intérprete de lo que me es presentado en afirmaciones o en actos, yo decido sobre mi oráculo y lo articulo a mi capricho, único amo en mi barco después de Dios, y por supuesto lejos de poder medir todo el efecto de mis palabras, pero de esto precisamente advertido y tratando de remediarlo, dicho de otra manera, libre siempre del momento y del número, tanto como de la elección de mis intervenciones, hasta el punto de que parece que la regla haya sido ordenada toda ella para no estorbar en nada mi quehacer de ejecutante, a lo cual es correlativo el aspecto de ‘material’, bajo el cual mi acción aquí toma lo que ella misma ha producido” [xx].

En el ejemplo que tomamos de Aristóteles sobre la *tique* como *privación* de la *tékhne*, la ausencia de timonel es causa del naufragio. En el dispositivo analítico, en cambio, será la técnica inseparable de la ética la que propicie lo *tíquico*. Es decir, que esa libertad del analista a nivel de su táctica es el principio bajo el cual aparecerá -fortuna mediante- una libertad posible para ese sujeto desgarrado que ha optado por el trabajo analizante. Por otra parte, esto tiene alguna posibilidad de ocurrir siempre y cuando el analista ponga en juego la destitución subjetiva que ha obtenido en el recorrido de su propio análisis. Por esto mismo, la propiciación de la *tique* analítica, antes que en abandonar el barco y dejar al analizante a la buena de Dios, consiste en la puesta en juego de la destitución subjetiva del analista. Este recurso ético, exclusivo de la oferta analítica, no puede practicarse a través de la ausencia ni del abandono, sino que requiere de la presencia del analista en el dispositivo, con su saber hacer con la propia destitución subjetiva, pero no sin su cuerpo y sus palabras.

El analista espera la “oportunidad” de que eso que por azar ha logrado entrar en el discurso del analizante, tenga chance de ser elevado al estatuto de interpretación. Lejos del mero desciframiento de un destino predeterminado, su técnica promueve un encuentro novedoso con lo contingente. Para ello, se sirve del dispositivo analítico como de una invitación dirigida al ser hablante; una incitación a la complicidad con lo inesperado.

Notas

[i] Cf. Aristóteles (Siglo V a. C.). *Física*, Libro I, cap. 7.

[ii] *Ibid.*, 194b 20-35.

[iii] *Op. cit.*, Libro II, cap. 1.

[iv] Aristóteles. *Metafísica*, 1019a 15-20.

[v] Notemos lo interesante del planteo aristotélico, que fácilmente podemos considerar como un antecedente de lo que llamamos -con Jacques Lacan- división subjetiva.

[vi] Aristóteles. *Física*, 256a 14.

[vii] *Op. cit.*, 193b 5-10.

[viii] *Op. cit.*, 193b 5.

[ix] Cf. *op. cit.*, 224a y 224b. Aristóteles también se ocupa de este problema en la *Metafísica*, 1023a 34: “En otro sentido, se dice del compuesto de la materia y de la forma, como proceden del todo las partes, y de la Iliada, el canto, y de la casa, las piedras; pues el fin es la forma, y perfecto es lo que tiene el fin”.

[x] *Op. cit.*, 193b 10-15.

[xi] Santo Tomás es fiel al estagirita en este punto: “Las realidades contingentes lo son por parte de la materia, ya que contingente es lo que puede ser y no ser, y la potencia está en la materia”. Vg. *Summa Teológica*, I, q. LXXXVI, 3c (respuesta).

[xii] *Op. cit.*, 195a 5-15.

[xiii] *Op. cit.*, 195a 10.

[xiv] Aristóteles, *Metafísica*, 1070a 8-10.

[xv] Aristóteles, *Física*, *op. cit.*, 196b 30-35.

[xvi] “*Casus est causa per accidens indeterminata*”, dirá Tomás de Aquino. El término *indeterminata* da la clave. Si algo se debe a una causa *per accidens*, pero ésta es *determinata*, ya no hay casualidad. De este modo, el aquinate subraya la exclusión entre azar y causa final. (Cf. *Summa contra Gentes*, 1. II, q. XXXIX). La *fortuna*, dirá siguiendo al estagirita, es una causa *per accidens* que se da en los seres que tienen capacidad de actuar inteligentemente (*agieren*). (Cf. *Sententia super Physicam*, L. II, 1. 10).

[xvii] En este caso, la sutileza es introducida por el *lógos*, con su facultad formal de inyectar categorías en la *physis*. O dicho de otro modo, las sutilezas radican en los matices de la argumentación que predica atributos de las cosas.

[xviii] Este punto, el encuentro, queda explicado retroactivamente por el cruce de las dos series causales.

[xix] *Op. cit.*, 197a. Cf. también *Ética Nicomaquea* 1139a 33-35, a propósito de la elección como preferencia.

[xx] Lacan, J. (1958) “*La dirección de la cura y los principios de su poder*” (Cf. *Escritos II*, Siglo XXI, Bs. As., 2002, pp.567-568).

Bibliografía

Aristóteles (Siglo IV a. C.). Física, Gredos, Madrid, 1995.

Aristóteles (Siglo IV a. C.). Metafísica, Gredos, Madrid, 1994.

Lacan, J. (1958). “La dirección de la cura y los principios de su poder”. En *Escritos II*, Siglo XXI, Bs. As., 2002, pp. 565-626.

Lacan, J. (1964). *El Seminario. Libro 11. Los Cuatro Conceptos Fundamentales del Psicoanálisis*, Paidós, Bs. As., 1987.

Tomás de Aquino (1259-1274). *Summa Teológica*, B.A.C., Madrid, 2010. (Edición bilingüe latín-español).

Tomás de Aquino (1252-1259). *Summa contra Gentiles*, B.A.C, Madrid, 1963.

Tomás de Aquino (1269-1272). *Sententia super Physicam*. (Versión en español: Comentario sobre la Física de Aristóteles, Eunsa, Universidad de Navarra, España, 2001).